

# Un ejemplo clásico

[Por el Dr. Joseph Goebbels](#)

El viernes siguiente al 25 de julio, el autor de estas líneas no publicó su artículo semanal de cabecera. Algunos incrédulos llegaron a creer que los acontecimientos que rodearon la caída del Duce y la instauración del régimen de Badoglio en Roma le dejaron sin aliento. La falsedad de esta creencia no necesita hoy ninguna prueba. Naturalmente, durante la semana en cuestión se habría podido hablar como en cualquier otra semana, y la situación era tal que habría habido más que decir de lo habitual sobre la guerra y los asuntos internacionales. Sin embargo, el respeto por nuestro interés nacional nos mantuvo en silencio. No queríamos decir lo que podíamos decir, y no pudimos decir lo que queríamos decir.

No hace falta decir que la traición de la camarilla de Badoglio, que se hizo evidente por primera vez cuando fue depuesto Mussolini, fue reconocida inmediatamente por la cúpula militar alemana. No obstante, tuvo que poner buena cara a las cosas mientras se desarrollaban. Así como los traidores trabajaban en secreto, también lo hacíamos nosotros. Parafraseando a Maquiavelo, fue un momento en el que hacer el ridículo era una señal de gran sabiduría. Sólo así se podían resistir y frustrar los vergonzosos planes de los traidores en Roma. Fue un ejemplo clásico de la necesidad de silencio durante la guerra. No estábamos dispuestos a decir nada que entrara en conflicto con nuestros conocimientos y creencias, y que sabíamos que los hechos lo contradecirían en pocas semanas. No podíamos hablar de la verdadera situación sin revelar los planes e intenciones de la dirección de guerra alemana. En medio de uno de los momentos más dramáticos de la guerra, no queríamos abordar un tema secundario, lo que nos dejaba expuestos a la acusación de eludir el tema.

No teníamos otra alternativa que permanecer en silencio. Estábamos firmemente convencidos de que los acontecimientos pronto revelarían la razón de nuestro silencio. Esto sucedió con más rapidez y dramatismo de lo que podríamos haber esperado. La dirección militar alemana asumió después de que el Duce fuera encarcelado que el régimen de Badoglio tenía la intención de sacar a Italia de la guerra lo más rápidamente posible. Todas las protestas de la camarilla reaccionaria de traidores en Roma sobre su lealtad y fiabilidad no lograron convencernos de lo contrario. No se reemplaza a un hombre fuerte por uno débil para hacer la guerra con más

energía, como nos decía la camarilla mentirosa de Badoglio. Las acciones de la camarilla en Roma demostraron que estaban cometiendo traición a gran escala. Su objetivo no era sólo engañarnos, sino también entregar a nuestros soldados en el sur al enemigo. Esta traición debía ser el pago por un mejor acuerdo de armisticio.

El régimen de Badoglio no quería abandonar la guerra de forma honorable, sino a costa del socio del Eje al que Italia tanto debe desde 1940. El rey hizo los llamamientos más pomposos a continuar la guerra y a cumplir con las obligaciones de Italia, mientras que las acciones militares y políticas demostraron una traición del tipo más vergonzoso y degradante. Ahórrenos la necesidad de repasar la traición del régimen de Badoglio. Incluso pensar en ello nos enferma. Nunca ha habido un ejemplo mayor de traición en toda la historia. Fue una traición que salió mal, como dice el proverbio. El liderazgo alemán naturalmente sacó conclusiones frías y racionales al comienzo de los acontecimientos. El fracaso de la traición del régimen de Badoglio fue resultado de las contramedidas de la dirección alemana. Si hubiera tenido éxito, el Reich se habría enfrentado al mayor peligro de la guerra. Hablando desde el conocimiento directo, podemos decir que solo la visión clara y la sabiduría del Führer son a las que debemos agradecer el haber superado el peligro. A pesar de todas las hipócritas promesas de un rey traidor y de sus cobardes mariscales, que incluso dieron su palabra de honor como soldados, se tomaron medidas para defender los intereses alemanes, a pesar de una escandalosa deslealtad. El público conoce la naturaleza escandalosa de estos acontecimientos traidores. No sólo ocultaron sus medidas a su aliado leal, fiable y generoso, sino que siguieron haciéndolo incluso en medio de sus actividades.

Nos hicieron exigencias militares que, de haberlas cumplido, habrían llevado al peor desastre posible para nuestras tropas en Italia. Se puede entender por qué el Führer no pudo hablar al pueblo alemán en medio de estos acontecimientos impresionantes, a pesar de los deseos generalizados del público. La incertidumbre resultante tuvo que ser aceptada a medida que los acontecimientos siguieron desarrollándose. Supusimos que la camarilla traidora de Roma continuaría sus actividades, mostrando más estupidez que falta de carácter. Ese era nuestro plan. Tuvimos que hacernos los tontos para actuar con inteligencia. El pueblo alemán leyó con horror el relato de la deposición y encarcelamiento del Duce. Ya lo sabíamos antes, sin poder revelarlo al público. Si hay algo que reprocharle al fascismo es que creía en la lealtad del rey. Su trono fue rescatado en 1922 por la

marcha sobre Roma y, como la mayoría de los reyes modernos, pagó la política enérgica de su más leal servidor abandonándolo en la hora del peligro y acudiendo a quienes se le oponían y odiaban. Los reyes no suelen ser agradecidos. Guillermo I, cuya lealtad a Bismarck es una excepción, se ganó el título de “el Grande”. El Duce fue lo suficientemente bueno en 1922 para proteger a la corrupta corte de Roma de la ejecución por los bolcheviques. Lo depusieron en 1943 porque pensaron ciegamente que podrían arreglárselas sin él.

Los acontecimientos recientes han demostrado lo equivocados que estaban. La destitución violenta de un hombre fuerte conduce a la anarquía. La casa real italiana aprendió rápidamente las consecuencias de sustituir a una personalidad de estatura histórica por un mariscal cobarde y traidor, que consideraba que romper su palabra de honor como soldado era el colmo de la sabiduría política. No podemos sino compadecer al pueblo italiano, que fue víctima de estos acontecimientos repugnantes, pues así como una nación se beneficia de las acciones y los logros de los gobiernos fuertes, también sufre los errores y los fracasos de los gobiernos débiles, aficionados y desleales. Era inevitable que el pueblo italiano tuviera que sufrir al principio del capítulo más oscuro de su historia. Tiene que agradecerlo a los elementos cobardes de la sociedad romana, ávidos de paz. Los trece puntos del tratado de capitulación les habrán dado un anticipo de lo que se avecinaba. La historia mundial es el tribunal mundial. Los ciudadanos de Italia pueden enterarse por la prensa internacional de lo que piensan amigos y enemigos sobre la traición del rey y su camarilla de generales. Incluso los ingleses y los estadounidenses se quedan atónitos.

Su lema actual es: “Ama la traición, odia al traidor”. No hace falta preguntarse por el juicio de la historia sobre la casa real y su entorno. Eso ya está claro. Londres y Washington están asombrados por la reacción alemana ante la traición del régimen de Badoglio. Esperaban que las cosas resultaran de otra manera. Las tropas alemanas en el sur de Italia iban a ser aisladas y destruidas. No estaríamos preparados para hacer frente al desembarco anfibio de Churchill. El terror aéreo aumentaría. El pueblo alemán estaría tan deprimido que el 9 de noviembre sería posible, incluso probable, una repetición de la tragedia de 1918. Nada de eso ocurrió ni ocurrirá. Los ingleses y los estadounidenses tienen un largo camino por recorrer para llegar a Roma, por no hablar de Berlín. El ejército alemán es dueño de los acontecimientos en Italia. En cuanto a la moral alemana, nunca ha sido más fuerte que hoy.

El ejemplo italiano no es alentador para nosotros los alemanes, sino más bien una advertencia. Lo vemos como un ejemplo clásico de lo que no se debe hacer. Nadie aquí quiere seguir los pasos de la camarilla de Badoglio. Al contrario, las consecuencias que siguieron a la traición de la casa real al gran líder de la nación y a sus poderosos amigos son una lección para todos los alemanes. Han abierto los ojos incluso a los más tontos de entre nosotros. Un aluvión de cartas nos ha llegado recientemente. En algunas, los escritores lamentan que tal o cual molestia de la guerra los haya puesto de mal humor. Ante lo que ha sucedido en Italia, lo lamentan.

Un profesor universitario escribe que normalmente es un hombre pacífico, pero después de leer las demandas de capitulación al pueblo italiano, está firmemente decidido a castigar a cualquiera que ante sus ojos insinúe siquiera oponerse a la guerra o dude de la victoria. Todos en Alemania piensan de la misma manera. La amenaza no nos ha robado el coraje, sino que nos ha unido más. Ninguna de las esperanzas angloamericanas se ha realizado. Nos lanzaron una flecha envenenada, pero se desvaneció la sabiduría de nuestro liderazgo y la firme moral de nuestro pueblo. Un peligro que al principio parecía mortal se ha evitado y una desgracia nacional se ha transformado en nuestro bien. ¿Cómo podemos dudar de la victoria final ante un giro de acontecimientos tan maravilloso e improbable? La guerra trae tantas sorpresas que no se puede predecir su curso. Hay que aferrarse a las virtudes con las que se dominan sus peligros y dificultades. El coraje, la firmeza y la confianza en un destino justo siempre acompañan a los valientes al final.

Su lealtad es inquebrantable; están al lado de sus amigos y aliados. La camarilla traidora de Badoglio pecó vergonzosamente contra todas estas virtudes, y tiene su recompensa. Una banda de cobardes traidores abusaron de sus altos cargos, olvidaron su honor y siguieron una falsa sabiduría que quiere escapar del peligro, pero cae víctima de él. Sus nombres están cubiertos de vergüenza y deshonra en el libro de la historia. Nos inclinamos con admiración ante esa gran personalidad, el Duce. No causó ni pudo impedir la desgracia que cayó sobre el pueblo italiano, pero ahora tiene aún más derecho a nuestra admiración. Toda la nación alemana lo admira. Encontró expresión espontánea cuando nos llegó la noticia de su rescate. Nos alegra que nuestro pueblo piense de esta manera. Tiene un sentimiento natural de agradecimiento y lealtad, y apoyará aún más fanáticamente a un hombre cuya obra de toda la vida está amenazada.

Nadie sabe cuál puede ser el futuro del pueblo italiano. Tal vez esté atravesando un proceso duro y doloroso que traerá nueva vida. Italia tendrá que decidir por sí misma. Después de 1918, tomamos una decisión clara: lucha, sacrificio, devoción y trabajo duro. Eso nos llevó hacia arriba. Cada nación es responsable de sí misma. Los alemanes hemos recorrido en las últimas semanas un estrecho sendero junto al abismo. No todos vieron el abismo, pero todos seguimos al Führer, que incluso en su silencio nos mostró el camino. Ahora más que nunca sentimos las maravillas de su gran personalidad que vela por la vida y el futuro de la nación. Darle nuestra plena confianza no es sólo nuestro deber nacional, sino también nuestro orgulloso derecho. Queremos ser duros y fuertes, luchar valientemente, trabajar incansablemente, creer y confiar inquebrantablemente, hasta que llegue la hora de la victoria. Entonces todos podremos decir que no hemos obtenido la victoria indignamente, sino que es más bien el premio a la lucha, al trabajo y a la lealtad.